

está), que estando en un maizal, vi junto á mí cuatro indios, y arremetieron á un indio que entonces llegó allí, y con las macanas le mataron; y á las voces que yo di lo dejaron, llevándole las piernas; sin lo cual, estando aun el pobre indio vivo, le bebían la sangre y le comían á bocados sus entrañas. No tienen flechas, ni usan mas armas de las que he dicho arriba. Casa de adoracion ó templo no se les ha visto mas de aquella que en el Guaca quemaron. Hablan todos en general con el demonio, y en cada pueblo hay dos ó tres indios antiguos y diestros en maldades que hablan con él; y estos dan las respuestas y denuncian lo que el demonio les dice que ha de ser. La inmortalidad del ánima no la alcanzan enteramente. El agua y todo lo que la tierra produce lo echan á naturaleza, aunque bien alcanzan que hay Hacedor; mas su creencia es falsa, como diré adelante. Esta ciudad de Antiocha pobló y fundó el capitán Jorge Robledo en nombre de su majestad el emperador don Carlos, rey de España y de estas Indias, nuestro señor, y con poder del adelantado don Sebastian de Belalcázar, su gobernador, y capitán general de la provincia de Popayan, año del nacimiento de nuestro Señor de 1541 años. Esta ciudad está en siete grados de la Equinocial, á la parte del norte.

CAPITULO XIII.

De la descripción de la provincia de Popayan, y la causa por que los indios della son tan indómitos, y los del Perú son tan domésticos.

Porque los capitanes del Perú poblaron y descubrieron esta provincia de Popayan, la porné con la misma tierra del Perú, haciéndola toda una; mas no la apropiaré á ella, porque es muy diferente la gente, la disposición de la tierra y todo lo demás della; por lo cual será necesario que desde el Quito (que es donde verdaderamente comienza lo que llamamos Perú) ponga la traza de todo y el sitio della; y desde Pasto, que es tambien donde por aquella parte comienza esta provincia, y se acaba en Antiocha. Digo pues que esta provincia se llamó de Popayan por causa de la ciudad de Popayan, que en ella está poblada. Tendrá de longitud docientas leguas, poco mas ó menos, y de latitud treinta y cuarenta, y á partes mas y á cabos menos. Por la una parte tiene la costa de la mar del Sur y unas montañas altísimas muy ásperas, que van de luengo della al oriente. Por la otra parte corre la larga cordillera de los Andes, y de entrambas cordilleras nascen muchos ríos, y algunos muy grandes, de los cuales se hacen anchos valles; por el uno dellos, que es el mayor de todas estas partes del Perú, corre el gran río de Santa Marta. Inclúyese en esta gobernacion la villa de Pasto, la ciudad de Popayan, la villa de Timana, que está pasada la cordillera de los Andes, la ciudad de Cali, que está cerca del puerto de la Buena ventura, la villa de Ancerma, la ciudad de Cartago, la villa de Arma, ciudad de Antiocha, y otras que se habrán poblado después que yo salí della. En esta provincia hay unos pueblos frios y otros calientes, unos sitios sanos y otros enfermos, en una parte llueve mucho y en otra poco, en una tierra comen los indios carne humana y en otras no la comen. Por una parte tiene por vecino al nuevo

reino de Granada, que está pasados los montes de los Andes; por otra parte al reino del Perú, que comienza del largo della al oriente. Al poniente confina con la gobernacion del río de San Juan, al norte con la de Cartagena. Muchos se espantan cómo estos indios, teniendo muchos dellos sus pueblos en partes dispuestas para conquistarlos, y que en toda la gobernacion (dejando la villa de Pasto) no hace frio demasiado ni calor, ni deja de haber otras cosas convenientes para la conquista, cómo han salido tan indómitos y porfiados; y los del Perú, estando sus valles entre montañas y sierras de nieve y muchos riosos y ríos, y mas gentes en número que los de acá, y grandes despoblados, cómo sirven y han sido y son tan sujetos y domables. A lo cual diré que todos los indios sujetos á la gobernacion de Popayan han sido siempre, y lo son, belietrias. No hubo entre ellos señores que se liciesen temer. Son flojos, perezosos, y sobre todo, aborrescen el servir y estar sujetos; que es causa bastante para que recelassen de estar debajo de gente extraña y en su servicio. Mas esto no fuera parte para que ellos salieran con su intencion; porque, costreñidos de necesidad, hicieran lo que otros hacen. Mas hay otra causa muy mayor; la cual es, que todas estas provincias y regiones son muy fértiles, y á una parte y á otra hay grandes espesuras de montañas, de cañaverales y de otras malezas. Y como los españoles los aprietan, queman las casas en que moran, que son de madera y paja, y vanse una legua de allí ó dos ó lo que quieren; y en tres ó cuatro días hacen una casa, y en otros tantos siembran la cantidad de maíz que quieren, y lo cogen dentro de cuatro meses. Y si allí tambien los van á buscar, dejado aquel sitio, van adelante ó vuelven atrás, y adonde quiera que van ó están hallan qué comer y tierra fértil y aparejada y dispuesta para darles fruto; y por esto sirven cuando quieren y es en su mano la guerra ó la paz, y nunca les falta de comer. Los del Perú sirven bien y son domables, porque tienen mas razon que estos y porque todos fueron sujetados por los reyes ingas, á los cuales dieron tributo, sirviéndolos siempre, y con aquella condicion nascian; y si no lo querian hacer, la necesidad les constreñía á ello; porque la tierra del Perú toda es despoblada, llena de montañas y sierras y campos nevados. Y si se salian de sus pueblos y valles á estos desiertos no podían vivir, ni la tierra da fruto ni hay otro lugar que lo dé que los mismos valles y provincias suyas; de manera que por no morir, sin ninguno poder vivir, han de servir y no desamparar sus tierras; que es bastante causa y buena razon para declarar la duda susodicha. Pues pasando adelante, quiero dar noticia particularmente de las provincias desta gobernacion y de las ciudades de españoles que en ella están pobladas, y quién fueron los fundadores. Digo pues que desta ciudad de Antiocha tenemos dos caminos: uno para ir á la villa de Ancerma, otro para ir á la ciudad de Cartago; y antes que diga lo que se contiene en el que va á Cartago y Arma, diré lo tocante á la villa de Ancerma, y luego volveré á hacer lo mismo destotro.

CAPITULO XIV.

En que se contiene el camino que hay desde la ciudad de Antiocha á la villa de Ancerma, y qué tanto hay de una parte á otra, y de las tierras y regiones que en este camino hay.

Saliendo de la ciudad de Antiocha, y caminando hácia la villa de Ancerma, verse ha aquel nombrado y rico cerro de Buritica, que tanta multitud de oro ha salido dél en el tiempo pasado. El camino que hay de Antiocha á la villa de Ancerma son setenta leguas; es el camino muy fragoso, de muy grandes sierras peladas, de poca montaña. Todo ello ó lo mas está poblado de indios, y tienen las casas muy apartadas del camino. Luego que salen de Antiocha se allega á un pequeño cerro que se llama Corome, que está en unos vallecetes, donde solía haber muchos indios y poblacion; y entrados los españoles á conquistarlos, se han disminuido en grande cantidad. Tiene este pueblo muy ricas minas de oro y muchos arroyos donde lo pueden sacar. Hay pocos árboles de fruta, y maíz se da poco. Los indios son de la habla y costumbres de los que hemos pasado; de aquí se va á un asiento que está encima de un gran cerro, donde solía estar un pueblo junto de grandes casas, todas de mineros, que cogian oro por su riqueza. Los caciques comarcanos tienen allí sus casas, y les sacaban sus indios harta cantidad de oro. Y cierto se tiene que deste cerro fué la mayor parte de la riqueza que se halló en el Cenu en las grandes sepulturas que en él se sacaron; que yo vi sacar hartas y bien ricas antes que fuésemos al descubrimiento de Urute con el capitán Alonso de Cáceres. Pues volviendo á la materia: acuérdomo cuando descubrimos este pueblo con el licenciado Juan de Vadillo, que un clérigo que iba en el armada, que se llamaba Francisco de Frias, halló en una casa ó bohío deste pueblo de Buritica una totuma, que es á manera de una albornía grande, llena de tierra, y se apartaban los granos de oro de entre ella muy espesos y grandes; vimos tambien allí los nascimientos y minas donde lo cogian, y las macanas ó coas con que lo labraban. Cuando el capitán Jorge Robledo pobló esta ciudad de Antiocha fué á ver estos nascimientos, y lavaron una batea de tierra, y salió cantidad de una cosa muy menuda. Un minero afirmaba que era oro, otro decia que no, sino lo que llamamos margajita; y como íbamos de camino, no se miró mas en ello. Entrados los españoles en este pueblo, lo quemaron los indios, y nunca han querido volver mas á poblarlo. Acuérdomo que yendo á buscar comida un soldado llamado Toribio, halló en un río una piedra tan grande como la cabeza de un hombre, toda llena de vetas de oro, que penetraban la piedra de una parte á otra, y como la vido, sela cargó en sus hombros para la traer al real; y viniendo por una sierra arriba, encontró con un perrillo pequeño de los indios, y como lo vido, arremetió á lo matar para comer, soltando la piedra de oro, la cual se volvió rodando al río, y el Toribio mató al perro, teniéndolo por de mas precio que al oro, por la hambre que tenia, que fué causa que la piedra se quedase en el río donde primero estaba. Y si se tornara en cosa que se pudiera comer, no faltara quien la volviera á buscar, porque cierto teníamos necesidad muy grande de bastimento.

En otro río vi yo á un negro del capitán Jorge Robledo de una bateada de tierra sacar dos granos de oro bien crecidos: en conclusion, si la gente fuera doméstica y bien inclinada, y no tan carnívoros de comerse unos á otros, y los capitanes y gobernadores mas piadosos, para no haberlos apocado, la tierra de aquellas comarcas muy rica es. Deste pueblo que estaba asentado en este cerro, que se llama Buritica, nasce un pequeño río; hace mucha llanada, casi á manera de valle, donde está asentada una villa de minas que ha por nombre Santa Fe, que pobló el mismo capitán Jorge Robledo, y es sufragana á la ciudad de Antiocha; por tanto, no hay qué decir della. Las minas se han hallado muy ricas junto á este pueblo, en el río grande de Santa Marta, que pasa junto á él. Cuando es verano sacan los indios y negros en las playas harta riqueza, y por tiempos sacarán mayor cantidad, porque habrá mas negros. Tambien está junto á este pueblo otra poblacion, que se llama Xundabe, de la misma nacion y costumbres de los comarcanos á ellos. Tienen muchos valles muy poblados y una cordillera de montaña en medio, que divide las unas regiones de las otras. Mas adelante está otro pueblo que se llama Caramanta, y el cacique ó señor Cauroma.

CAPITULO XV.

De las costumbres de los indios desta tierra, y de la montaña que hay para llegar á la villa de Ancerma.

La gente desta provincia es dispuesta, belicosa, diferente en la lengua á las pasadas. Tiene á todas partes este valle montañas muy bravas, y pasa un espacioso río por medio dél, y otros muchos arroyos y fuentes, donde hacen sal; cosa de admiracion y hazañosa de oír. Dellas y de otras muchas que hay en esta provincia hablaré adelante, cuando el discurso de la obra nos diere lugar. Una laguna pequeña hay en este valle, donde hacen sal muy blanca. Los señores ó caciques y sus capitanes tienen casas muy grandes, y á las puertas dellas puestas unas cañas gordas de las destas partes, que parecen pequeñas vigas; encima dellas tienen puestas muchas cabezas de sus enemigos. Cuando van á la guerra, con agudos cuchillos de pedernal, ó de unos juncos ó de cortezas ó cáscara de cañas, que tambien los hacen dellas bien agudos, cortan las cabezas á los que prenden. Y á otros dan muertes temerosas, cortándoles algunos miembros, segun su costumbre, á los cuales comen luego, poniendo las cabezas, como he dicho, en lo alto de las cañas. Entre estas cañas tienen puestas algunas tablas, donde esculpen la figura del demonio, muy fiera, de manera humana, y otros ídolos y figuras de gatos, en quien adoran. Cuando tienen necesidad de agua ó de sol para cultivar sus tierras, piden (segun dicen los mismos indios naturales) ayuda á estos sus dioses. Hablan con el demonio los que para aquella religion están señalados; y son grandes agoreros y hechiceros, y miran en prodigios y señales y guardan supersticiones, las que el demonio les manda: tanto es el poder que ha tenido sobre aquellos indios, permitiéndolo Dios nuestro Señor por sus pecados ó por otra causa que él sabe. Decían las lenguas cuando entramos con el licenciado Juan de Vadillo, la primera vez que los descubrimos, que el principal señor dellos, que habia por

nombre Cauroma, tenía muchos ídolos de aquellos, que parecían de palo, de oro finísimo; y afirmaban que había tanta abundancia deste metal, que en un río sacaba el señor ya dicho la cantidad que quería.

Son grandes carniceros de comer carne humana. A las puertas de las casas que he dicho tienen plazas pequeñas, sobre las cuales están puestas las cañas gordas; y en estas plazas tienen sus mortuorios y sepulturas al uso de su patria, hechas de una bóveda, muy hondas, la boca al oriente. En las cuales, muerto algun principal ó señor, lo meten dentro con muchos llantos, echando con él todas sus armas y ropa, y el oro que tiene y comida. Por donde conjeturamos que estos indios ciertamente dan algun crédito á pensar que el ánima sale del cuerpo, pues lo principal que metían en sus sepulturas es mantenimiento y las cosas que mas ya he dicho; sin lo cual, las mujeres que en vida ellos mas quisieron, las enterraban vivas con ellos en las sepulturas, y tambien enterraban otros muchachos y indias de servicio. La tierra es de mucha comida, fértil para dar el maíz y las raíces que ellos siembran. Arboles de fruta casi no hay ninguno, y si los hay, son pocos. A las espaldas della, hácia la parte de oriente, está una provincia que se llama Cartama, que es hasta donde descubrió el capitán Sebastián de Belalcázar, de la lengua y costumbres destes. Son ricos de oro y tienen las casas pequeñas, y todos andan desnudos y descalzos, sin tener mas de unos pequeños maures, con que cubren sus vergüenzas. Las mujeres usan unas mantas de algodón pequeñas, con que se cubren de la cintura abajo; lo demás anda descubierto. Pasada la provincia de Caramanta, está luego una montaña que dura poco mas de siete leguas, muy espesa, adonde pasamos mucho trabajo de hambre y frio cuando íbamos con Vadillo, y bien podré yo afirmar en toda mi vida pasé tanta hambre como en aquellos días, aunque he andado en algunos descubrimientos y entradas bien trabajosas. Hallámonos tan tristes en vernos metidos en unas montañas tan espesas, que el sol ahína no lo víamos, y sin camino ni guías, ni con quien nos avisase si estábamos léjos ó cerca de poblado, que estuvimos por nos volver á Cartagena. Mucho nos valió hallar de aquella madera verde que conté haber en Abibe, porque con ella hicimos siempre lumbre toda la que queríamos. Y con el ayuda de Dios, á fuerza de nuestros brazos, con los cuales íbamos abriendo camino, pasamos estas montañas, en las cuales se quedaron algunos españoles muertos de hambre, y caballos muchos. Pasado este monte está un valle pequeño, sin montaña, raso, de poca gente; mas luego, un poco adelante, vimos un grande y hermoso valle muy poblado, las casas juntas, todas nuevas, y algunas dellas muy grandes, los campos llenos de bastimento de sus raíces y maizales. Después se perdió toda la mas desta poblacion, y los naturales dejaron su antigua tierra. Muchos dellos, por huir de la crueldad de los españoles, se fueron á unas bravas y altas montañas que están por encima deste valle, que se llama de Cima. Mas adelante deste valle está otro pequeño, dos leguas y media dél, que se hace de una loma que nasce de la cordillera donde está fundada y asentada la villa de Ancerma, que primero se nombró la ciudad de Santa Ana de

los Caballeros, la cual está asentada entre medias de dos pequeños rios, en una loma no muy grande, llana de una parte y otra, llena de muchas y muy hermosas arboledas de frutales, así de España como de la misma tierra, y llena de legumbres, que se dan bien. El pueblo señorea toda la comarca, por estar en lo mas alto de las lomas, y de ninguna parte puede venir gente, que primero que llegue no sea vista de la villa; y por todas partes está cercada de grandes poblaciones de muchos caciques ó señoretas. La guerra que con ellos tuvieron al tiempo que los conquistaron se dirá en su lugar. Son todos los mas destes caciques amigos unos de otros; sus pueblos están juntos, las casas desviadas alguna distancia unas de otras.

CAPITULO XVI.

De las costumbres de los caciques y indios que están comarcas á la villa de Ancerma, y de su fundacion, y quién fué el fundador.

El sitio donde está fundada la villa de Ancerma es llamado por los indios naturales Umbra; y al tiempo que el adelantado don Sebastián de Belalcázar entró en esta provincia cuando la descubrió, como no llevaba lenguas, no pudo entender ningun secreto de la provincia. Y oían á los indios que en viendo sal la llamaban y nombraban ancera, como es la verdad, y entre los indios no tiene otro nombre; por lo cual los cristianos de allí adelante, hablando en ella, la nombraban Ancerma, y por esta causa se le puso á esta villa el nombre que tiene. Cuatro leguas della al occidente está un pueblo no muy grande, pero es bien poblado de muchos indios, por tener muy grandes casas y ancha tierra. Pasa un río pequeño por él, y está una legua del grande y muy rico río de Santa Marta, del cual, si á Dios pluguiere, haré capítulo por sí, contando por orden su nascimiento adónde es, y de qué manera se divide en dos brazos. Estos indios tenían por capitán ó señor á uno dellos bien dispuesto, llamado Ciricha. Tiene, ó tenía cuando yo lo vi, una casa muy grande á la entrada de su pueblo, y otras muchas á todas partes dél, y junto aquella casa ó aposento está una plaza pequeña, toda á la redonda llena de las cañas gordas que conté en lo de atrás haber en Caramanta, y en lo alto dellas había puestas muchas cabezas de los indios que habían comido. Tenía muchas mujeres. Son estos indios de la habla y costumbres de los de Caramanta, y mas carniceros y amigos de comer la humana carne. Porque entiendan los trabajos que se pasan en los descubrimientos los que esto leyeren, quiero contar lo que aconteció en este pueblo al tiempo que entramos en él con el licenciado Juan de Vadillo, y es, que como tenían alzados los mantenimientos en algunas partes, no hallábamos maíz ni otra cosa para comer, y carne había mas de un año que no la comíamos, sino era de los caballos que se morían ó de algunos perros, ni aun sal no teníamos: tanta era la miseria que pasábamos. Y saliendo veinte y cinco ó treinta soldados, fueron á renchar, ó por decirlo mas claro, á robar lo que pudiesen hallar; y junto con el río Grande dieron en cierta gente que estaba huida por no ser vistos ni presos de nosotros, adonde hallaron una olla grande llena de carne cocida; y tanta hambre llevaban,

que no miraron en mas de comer, creyendo que la carne era de unos que llaman curies, porque salian de la olla algunos; mas ya que estaban todos bien hartos, un cristiano sacó de la olla una mano con sus dedos y uñas; sin lo cual, vieron luego pedazos de piés, dos ó tres cuartos de hombres que en ella estaban; lo cual vistió por los españoles que allí se hallaron, les pesó de haber comido aquella vianda, dándoles grande asco de ver los dedos y manos; mas á la fin se pasó, y volvieron hartos al real, de donde primero habían salido muertos de hambre. Nascen de una montaña que está por lo alto deste pueblo muchos rios pequeños, de los cuales se ha sacado y saca mucho oro, y muy rico, con los mismos indios y con negros. Son amigos y confederados estos y los de Caramanta, y con los demás sus comarcas siempre tuvieron enemistad y se dieron guerra. Un peñol fuerte hay en este pueblo, donde en tiempo de guerra se guarescen. Andan desnudos y descalzos, y las mujeres traen mantas pequeñas y son de buen parecer, y algunas hermosas. Mas adelante deste pueblo está la provincia de Zopia. Por medio destes pueblos corre un río rico de minas de oro, donde hay algunas estancias que los españoles han hecho. Tambien andan desnudos los naturales desta provincia. Las casas están desviadas, como las demás, y dentro dellas, en grandes sepulturas, se entierran sus difuntos. No tienen ídolos, ni casa de adoracion no se les ha visto. Hablan con el demonio. Cásanse con sus sobrinas, y algunos con sus mismas hermanas, y hereda el señorío ó cacicazgo el hijo de la principal mujer (porque todos estos indios, si son principales, tienen muchas); y si no tienen hijo, el de la hermana dél. Confinan con la provincia de Cartama, que no está muy léjos della; por la cual pasa el río grande arriba dicho. De la otra parte dél está la provincia de Pozo, con quien contratan mas. Al oriente tiene la villa otros pueblos muy grandes, los señores muy dispuestos, de buen parecer, llenos de mucha comida y frutales. Todos son amigos, aunque en algunos tiempos hubo enemistad y guerra entre ellos. No son tan carniceros como los pasados de comer carne humana. Son los caciques muy regalados; muchos dellos, antes que los españoles entrasen en su provincia, andaban en andas y hamacas. Tienen muchas mujeres, las cuales, para ser indias, son hermosas; traen sus mantas de algodón galanas, con muchas pinturas.

Los hombres andan desnudos, y los principales y señores se cubren con una manta larga, y traen por la cintura maures, como los demás. Las mujeres andan vestidas como digo; traen los cabellos muy peinados, y en los cuellos muy lindos collares de piezas ricas de oro, y en las orejas sus zarcillos; las ventanas de las narices se abren para poner unas como peloticas de oro fino; algunas destas son pequeñas y otras mayores. Tienen muchos vasos de oro los señores, con que bebian, y mantas, así para ellos como para sus mujeres, chapadas de unas piezas de oro hechas á manera redonda, y otras como estrelletas, y otras joyas de muchas maneras tienen deste metal. Llaman al diablo Xixarama, y á los españoles tamaraca. Son grandes hechiceros algunos dellos, y herbolarios. Casan á sus hijas después de estar sin su virginidad, y no tienen por cosa estimada

haber la mujer virgen cuando se casan. No tienen ninguna cerimonia en sus casamientos. Cuando los señores se mueren, en una parte desta provincia que se llama Tauya, tomando el cuerpo, se ponen una hamaca y á todas partes ponen fuego grande, haciendo unos hoyos, en los cuales cae la sanguaza y gordura que se derriete con el calor. Después que ya está el cuerpo medio quemado, vienen los parientes y hacen grandes lloros, y acabados, beben de su vino y rezan sus salmos ó bendiciones dedicadas á sus dioses, á su uso y como lo aprendieron de sus mayores; lo cual hecho, ponen el cuerpo, envuelto en mucha cantidad de mantas, en un ataúd, y sin enterrarlo lo tienen allí algunos años, y después de estar bien seco, los ponen en las sepulturas que hacen dentro en sus casas. En las demás provincias, muerto un señor, hacen en los cerros altos las sepulturas muy hondas, y después que han hecho grandes lloros, meten dentro al difunto, envuelto en muchas mantas, las mas ricas que tienen, y á una parte ponen sus armas y á otra mucha comida y grandes cántaros de vino y sus plumajes y joyas de oro, y á los piés echan algunas mujeres vivas, las mas hermosas y queridas suyas, teniendo por cierto que luego ha de tornar á vivir y aprovecharse de lo que con ellos llevan. No tienen obra política ni mucha razon. Las armas que usan son dardos, lanzas, macanas de palma negra y de otro palo blanco, recio, que en aquellas partes se cria. Casa de adoracion no se la habemos visto ninguna. Cuando hablan con el demonio dicen que es á escuras sin lumbre, y que uno que para ello está señalado habla por todos, el cual da las respuestas. La tierra en que tienen asentadas las poblaciones, son sierras muy grandes, sin montaña ninguna. La tierra dentro, hácia el poniente, hay una gran montaña que se llama Cima, y mas adelante, hácia la mar Austral, hay muchos indios y grandes pueblos, donde se tiene por cierto que nasce el gran río del Darien. Esta villa de Ancerma pobló y fundó el capitán Jorge Robledo en nombre de su majestad, siendo su gobernador y capitán general de todas estas provincias el adelantado don Francisco Pizarro; aunque es verdad que Lorenzo de Aldana, teniente general de don Francisco Pizarro, desde la ciudad de Cali nombró el cabildo, y señaló por alcaldes á Suer de Nava y á Martín de Amoroto, y por alguacil mayor á Ruý Venégas, y envió á Robledo á poblar esta ciudad, que villa se llama agora, y le mandó que le pusiese por nombre Santa Ana de los Caballeros. Así que, á Lorenzo de Aldana se puede atribuir la mayor parte desta fundacion de Ancerma, por la razon susodicha.

CAPITULO XVII.

De las provincias y pueblos que hay desde la ciudad de Antiocha á la villa de Arma, y de las costumbres de los naturales dellas.

Aquí dejaré de proseguir por el camino comenzado que llevaba, y volveré á la ciudad de Antiocha para dar razon del camino que va de allí á la villa de Arma, y aun hasta la ciudad de Cartago; donde digo que, saliendo de la ciudad de Antiocha para ir á la villa de Arma, se allega al río grande de Santa Marta, que está doce leguas della pasado el río, que para lo pasar hay una bar-

ca, ó nunca faltan vallas ó de qué hacellas. Hay pocos indios á las riberas del río, y los pueblos son pequeños, porque se han retirado todos del camino. Después de haber andado algunas jornadas, se allega á un pueblo que solía ser muy grande; llamábase el Pueblo-Llano; y como entraron los españoles en la tierra, se retiraron adentro de unas cordilleras que estaban de aquel lugar poco mas de dos leguas. Los indios son de pequeños cuerpos, y tienen algunas flechas traídas de la otra parte de la montaña de los Andes, porque los naturales de aquellas partes las tienen. Son grandes contratantes; su principal mercadería es sal. Andan desnudos, sus mujeres lo mismo, porque no traen sino unas mantas muy pequeñas, con que se atapan del vientre hasta los muslos. Son ricos de oro, y los ríos llevan harto deste metal. En las demás costumbres parecen á sus comarcas. Desviado deste pueblo está otro que se llama Muga, donde hay muy gran cantidad de sal y muchos mercaderes que la llevan pasada la cordillera, por la cual traen mucha suma de oro y ropa de algodón, y otras cosas de las que ellos han menester. Desta sal, y dónde la sacan y cómo la llevan adelante, se tratará. Pasando deste pueblo, hácia el oriente está el valle de Aburra; para ir á él se pasa la serranía de los Andes muy fácilmente y con poca montaña, y aun sin tardar mas que un día; la cual descubrimos con el capitán Jorge Robledo, y no vimos mas de algunos pueblos pequeños y diferentes de los que habíamos pasado, y no tan ricos. Cuando entramos en este valle de Aburra, fué tanto el aborrescimiento que nos tomaron los naturales dél, que ellos y sus mujeres se ahorcaban de sus cabellos ó de los maures, de los árboles, y aullando con gemidos lastimeros, dejaban allí los cuerpos y abajaban las ánimas á los infiernos. Hay en este valle de Aburra muchas llanadas; la tierra es muy fértil, y algunos ríos pasan por ella. Adelante se vió un camino antiguo muy grande, y otros por donde contratan con las naciones que están al oriente, que son muchas y grandes; las cuales sabemos que las hay, mas por fama que por haberlo visto. Mas adelante del Pueblo-Llano se allega á otro que há por nombre Cenufara; es rico, y adonde se cree que hay grandes sepulturas ricas. Los indios son de buenos cuerpos, andan desnudos como los que habemos pasado, y conforman con ellos en el traje y en lo demás. Adelante está otro pueblo que se llama el Pueblo-Blanco, y dejamos para ir á la villa de Arma el río grande á la diestra mano.

Otros ríos muchos hay en este camino, que por ser tantos y no tener nombres no los pongo. Cabe Cenufara queda un río de montaña y de muy gran pedrería, por el cual se camina casi una jornada; á la siniestra mano está una grande y muy poblada provincia, de la cual luego escribiré. Estas regiones y poblaciones estuvieron primero puestas debajo de la ciudad de Cartago y en sus límites, y señalado por sus términos hasta el río grande por el capitán Jorge Robledo, que la pobló; mas, como los indios sean tan indómitos y enemigos de servir ni ir á la ciudad de Cartago, mandó el adelantado Belalcázar, gobernador de su majestad, que se dividiesen los indios, quedando todos estos pueblos fuera de los límites de Cartago, y que se fundase en ella una villa

de españoles, la cual se pobló, y fué el fundador Miguel Muñoz en nombre de su majestad, siendo su gobernador desta provincia el adelantado don Sebastian de Belalcázar, año de 1542. Estuvo primero poblada á la entrada de la provincia de Arma, en una sierra; y fué tan cruel la guerra que los naturales dieron á los españoles, que por ello, y por haber poca anchura para hacer sus sementeras y estancias, se pasó dos leguas ó poco mas de aquel sitio hácia el río grande, y está veinte y tres leguas de la ciudad de Cartago y doce de la villa de Ancerma y una del río grande, en una llanada que se hace entre dos ríos pequeños, á manera de ladera, cercada de grandes palmares, diferentes de los que de suso he dicho, pero mas provechosos, porque sacan de lo interior de los árboles muy sabrosos palmitos, y la fruta que echan tambien lo es, de la cual, quebrada en unas piedras, sacan leche, y aun hacen nata y manteca singular, que encienden lámparas y arde como aceite. Yo he visto lo que digo, y he hecho en todo la experiencia. El sitio desta villa se tiene por algo enfermo; son las tierras tan fértiles, que no hacen mas de apalear la paja y quemar los cañaverales, y esto hecho, una hanega de maíz que siembran da ciento y mas, y siembran el maíz dos veces en el año; las demás cosas tambien se dan en abundancia. Trigo hasta agora no se ha dado ni han sembrado ninguno, para que pueda afirmar si se dará ó no. Las minas son ricas en el río grande, que está una legua desta villa, mas que en otras partes, porque si echan negros, no habrá día que no dén cada uno dos ó tres ducados á su amo. El tiempo andando, ella vendrá á ser de las ricas tierras de las Indias. El repartimiento de indios que por mis servicios se me dió fué en los términos desta villa. Bien quisiera que hubiera en qué extendiera la pluma algun tanto, pues tenia para ello razon tan justa; mas la calidad de las cosas sobre que ella está fundada no lo consiente, y principalmente porque muchos de mis compañeros, los descubridores y conquistadores que salimos de Cartagena, están sin indios, y los tienen los que los han habido por dineros ó por haber seguido á los que han gobernado, que cierto no es pequeño mal.

CAPITULO XVIII.

De la provincia de Arma y de sus costumbres, y de otras cosas notables que en ella hay.

Esta provincia de Arma, de donde la villa tomó nombre, es muy grande y muy poblada y la mas rica de todas sus comarcas; tiene mas de veinte mil indios de guerra, ó los tenia cuando yo escribí esto, que fué la primera vez que entramos cristianos españoles en ella, sin las mujeres y niños. Sus casas son grandes y redondas, hechas de grandes varas y vigas, que empiezan desde abajo y suben arriba, hasta que, hecho en lo alto de la casa un pequeño arco redondo, fenese el enmaderamiento; la cobertura es de paja. Dentro destas casas hay muchos apartados entoldados con esteras, tienen muchos moradores; la provincia tendrá en longitud diez leguas, y de latitud seis ó siete, y en círculo diez y ocho leguas poco menos, de grandes y ásperas sierras sin montaña, todas de campaña. Los mas valles y laderas parecen huertas, segun están pobladas y llenas de arboledas

de frutales de todas maneras, de las que suelen haber en aquestas partes, y de otra muy gustosa llamada Pitahaya de color morada; tiene esta fruta tal propiedad, que en comiendo della, aunque no sea sino una, queriendo orinar, se echa la orina de color de sangre. En los montes tambien se halla otra fruta, que la tengo por muy singular, que llaman uvillas pequeñas, y tienen un olor muy suave. De las sierras nacen algunos ríos, y uno dellos, que nombramos el río de Arma, es de invierno trabajoso de pasar; los demás no son grandes; y ciertamente, segun la disposicion dellos, yo creo que por tiempo se ha de sacar destos ríos oro, como en Vizcaya hierro. Los que esto leyeren, y hubieren visto la tierra como yo, no les parecerá cosa fabulosa. Sus labranzas tienen los indios por las riberas destos ríos; y todos ellos unos con otros se dieron siempre guerra cruel, y difieren en las lenguas en muchas partes; tanto, que casi en cada barrio y loma hay lengua diferente. Eran y son riquísimos de oro á maravilla, y si fueran los naturales desta provincia de Arma del jaez de los del Perú, y tan domésticos, yo prometo que con sus minas ellos rentaran cada año mas de quinientos mil pesos de oro; tienen ó tenían deste metal muchas y grandes joyas, y es tan fino, que el de menos ley tiene diez y nueve quilates. Cuando ellos iban á la guerra llevaban coronas, y unas pateñas en los pechos, y muy lindas plumas y brazales, y otras muchas joyas. Cuando los descubrimos la primera vez que entramos en esta provincia con el capitán Jorge Robledo, me acuerdo yo se vieron indios armados de oro de los pies á la cabeza, y se le quedó hasta hoy la parte donde los vimos, por nombre la loma de los Armados; en lanzas largas solian llevar banderas de gran valor. Las casas tienen en lo llano y plazas que hacen las lomas, que son los fenecimientos de las sierras, las cuales son muy ásperas y fragosas. Tienen grandes fortalezas de las cañas gordas que he dicho, arrancadas con sus raíces y cepas, las cuales tornan á plantar en hileras de veinte en veinte por su órden y compás, como calles; en mitad desta fuerza tienen, ó tenían cuando yo los vi, un tablado alto y bien labrado de las mismas cañas, con su escalera, para hacer sus sacrificios.

CAPITULO XIX.

De los ritos y sacrificios que estos indios tienen, y cuán grandes carniceros son de comer carne humana.

Las armas que tienen estos indios son dardos, lanzas, hondas, tiraderas con sus estolicas; son muy grandes voceadores; cuando van á la guerra llevan muchas vocinas y atambores y flautas y otros instrumentos. En gran manera son cautelosos y de poca verdad, ni la paz que prometen sustentan. La guerra que tuvieron con los españoles se dirá adelante en su tiempo y lugar. Muy grande es el dominio y señorío que el demonio, enemigo de natura humana, por los pecados de aquesta gente sobre ellos tuvo, permitiéndolo Dios; porque muchas veces era visto visiblemente por ellos. En aquellos tablados tenían muy grandes manojos de cuerdas de cabuya, á manera de crizneja (la cual nos aprovechó para hacer alpargates), tan largas, que tenían á mas de cuarenta brazas cada una de aquestas sogas; de lo alto del tablado ataban los indios que tomaban en la guerra

por los hombros y dejábanlos colgados, y á algunos dellos les sacaban los corazones y los ofrecían á sus dioses, al demonio, á honra de quien se hacían aquellos sacrificios, y luego, sin tardar mucho, comían los cuerpos de los que así mataban. Casa de adoracion no se ha visto ninguna, mas de que en las casas ó aposentos de los señores tenían un aposento muy esterado y aderezado; en Paucora vi yo uno destos oratorios, como adelante diré; en lo secreto dellos estaba un retrete, y en él había muchos encensarios de barro; en los cuales, en lugar de encienso, quemaban ciertas yerbas menudas; yo las vi en la tierra de un señor desta provincia, llamado Yayo, y eran tan menudas, que casi no salian de la tierra; unas tenían una flor muy negra y otras la tenían blanca; en el olor parecían á verbena; y estas, con otras resinas, quemaban delante de sus ídolos; y después que han hecho otras supersticiones, viene el demonio, el cual cuentan que les aparece en figura de indio y los ojos muy resplandecientes, y á los sacerdotes ó ministros suyos daba la respuesta de lo que preguntaban y de lo que querían saber. Hasta agora en ninguna destas provincias están clérigos ni frailes, ni osan estar, porque los indios son tan malos y carniceros, que muchos han comido á los señores que sobre ellos tenían encomienda; aunque cuando van á los pueblos de los españoles les amonestan que dejen sus vanidades y costumbres gentílicas y se alleguen á nuestra religion, recibiendo agua de bautismo; y permitiéndolo Dios, algunos señores de las provincias desta gobernacion se han tornado cristianos, y aborrecen al diablo y escupen de sus dichos y maldades. La gente desta provincia de Arma son de medianos cuerpos, todos morenos; tanto, que en la color todos los indios y indias destas partes (con haber tanta multitud de gentes, que casi no tienen número, y tan gran diversidad y largura de tierra) parece que todos son hijos de una madre y de un padre; las mujeres destos indios son de las feas y sucias que yo vi en todas aquellas comarcas; andan ellas y ellos desnudos, salvo que para cubrir sus vergüenzas se ponen delante dellas unos maures tan anchos como un palmo y tan largos como palmo y medio; con esto se atapan la delantera, lo demás todo anda descubierto. En aquella tierra no ternán los hombres deseo de ver las piernas á las mujeres, pues que hora haga frio ó sientan calor, nunca las atapan; algunas de las mujeres andan tresquiladas, y lo mismo sus maridos. Las frutas y mantenimientos que tienen es maíz y yuca y otras raíces muchas y muy sabrosas, algunas guayabas y paltas y palmas de los pixivaes. Los señores se casan con las mujeres que mas les agradan; la una destas se tiene por la mas principal; y los demás indios cásanse unos con hijas y hermanas de otros, sin órden ninguna, y muy pocos hallan las mujeres vírgines; los señores pueden tener muchas, los demás á una y á dos y á tres, como tiene la posibilidad; en muriéndose los señores ó principales, los entierran dentro en sus casas ó en lo alto de los cerros, con las cerimonias y llores que acostumbran, los que de suso he dicho; los hijos heredan á los padres en el señorío y en las casas y tierras; faltando hijo, lo hereda el que lo es de la hermana, y no del hermano. Adelante diré la causa por que en la mayor parte des-